

que el hijo está ya mas crecido , y en edad mayor. Pero si ya despues de los catorce años los unos, y de los doce las otras, hicieron algun voto, es menester hablar con distincion, porque entonces el padre, ò à falta suya el Tutor, solo puede irritar aquellos votos, que son acerca de la hacienda, en que todavia el hijo no puede disponer, y los que se oponen à su buen gobierno, y direccion. Pero los demás votos, que à esto no tocan, como, ù de rezar, ù de ayunar, ù de ser Religiosos, &c. estos no puede irritarlos el padre. Asi, pues, el amo (y es lo segundo, porque vamos con distincion) solo puede irritarle à su esclavo aquellos votos que le pueden estorvar el que le sirva, no los otros que nada le estorvan.

Lo tercero, el marido, no falta quien diga que le puede irritar à su muger todos los votos, menos los reservados al Sumo Pontifice. Pero la mas segura, y comun es, que asi el marido à su muger, como la muger à su marido, el uno al otro puede irritar aquellos, ò que se oponen al uso de su Matrimonio, ó que estorvan al buen gobierno, cuidado, y atencion debida à los hijos, y à la familia. ¡Qué buen punto! De modo, señoras, que aunque una huviera hecho voto de estarse quatro, ò seis horas cada dia en la Iglesia, ò metida en su Oratorio, haciendo falta à su casa, si su marido no quiere, no le obliga ese voto. Y si un voto hecho à Dios no obliga de esta manera, ¿cómo le serán à Dios agradables esas horas de Oratorio con la casa, los hijos, y la familia perdida? ¡Oh, Dios, si acabáran de entender esto mas de dos engañadas devotas! De modo, señores, que aunque un marido hiciera voto de ir todas las noches à tener dos horas de oracion, y à azotarse; si su muger no viene en ello, y clama, porque à esas horas, ò le hace falta su compañía, que tiene miedo como muger; ò no puede ella sola valerse con la familia, no le obligará ya al marido ese voto. Y si un voto tan santo cesa, porque la muger reclama; el irse todas las noches al juego; al diablo, ò à la conversacion, y dexar la casa, los hijos, y los criados; (¡Oh, Dios quales!) ¿por qué no cesará? y por qué no se quitará? Con esto, pues, he respondido ya à una muger, que me dice: Padre, yo hice voto de ir un dia à Guadalupe, y aunque he podido ir, pero mi marido no quiere. Pues, muger, tú estás libre de tu voto, que con ese no quèrer de tu marido, quedó irritado; pero mira, dile à tu marido de mi parte, que si su no querer, no es (claro está) porque hayas de hacer falta, que por un dia no se havia de caer la casa; sino, ò por su miseria, por no dár quatro velas, ò por su codicia, por no faltár un punto al negocio; ò por otro fin que él sabe; dile, que digo yo, que allá se lo habrá él con la Virgen, que tú ya quedas libre. Asi, pues, cesa la obligacion del voto por la irritacion.

La segunda, que es la commutacion, es mas clara, por ésta no se quita la obligacion de el voto, sino se muda à otra cosa. Votó uno de ayunar los Sabados, y le es ya pesado el ayunar, aunque puede, que si no puede, ya dixé que quedaba libre; pero aunque puede, pide al Confesor que le commute el voto, que para esto con tener la Bula de la Sta. Cruzada, basta, sea el voto que fuere, menos los tres re-

servados, de Castidad, de Religion, y de visitar los Santos Lugares de Jerusalén. Menos estos tres, todos los demás votos los puede commutar el Confesor por la Bula. Commuta, pues, aquel, y en lugar de ayunar, le señala el rezar todos los Sabados el Rosario de rodillas à la Santissima Virgen, y asi queda aquel libre de la obligacion de ayunar; pero con la obligacion de rezar el Rosario. Esto es, pues, commutacion, y ésta la puede hacer qualquiera consigo mismo, él por sí; pero con distincion, que si hace el Confesor la commutacion, puede hacerle en otra cosa igualmente buena; pero si uno à sí mismo se quiere commutar su voto, ha de ser, dicen los Doctores, en otra cosa notoriamente mejor porque si yo le prometí à otro una determinada fortija de esmeraldas, y se la doy de diamantes, no hay duda que la recibirá; pero si haviendofela prometido de esmeraldas, se la doy despues de rubies, puede ser que no quisiera sino la que le prometí.

Buen exemplo, y al caso: Un Soldado le prometió à San Jorge Martyr, que le daria su caballo, si lo volvía con bien de la guerra. Fué, y volvió seguro, y sano. Por una parte se hallaba obligado à su voto, porque conocia los grandes favores que le havia hecho el Sto. Martyr; por otra queria mucho à su caballo, y no queria perderlo. (Bolland. *in vita* 20. April.) ¿Qué hace? Echa en una talega veinte sueldos de oro, que era lo que el caballo valia, y vase con él à la Iglesia. Apease, entra, dale las gracias al Santo Martyr de haverlo librado de tantos peligros; y luego poniendo la talega sobre el Altar, le dice: Santo mio, tú no has menester mi caballo, yo sí; aqui te dexo su precio, y permíteme que me lo lleve. Salió con esto, sube en el caballo; pero como si fuera de palo, no se movia, por mas que lo espoleaba. Ea, (dixó apeandose) el Santo no quiere. Vuelve à entrar, y poné sobre el Altar otros diez sueldos de oro. Santo mio, le dice, contentate con esto, que ya te doy eso mas, y dexame llevar mi caballo. Vuélvese à salir, y el caballo todavia como de piedra. Entra tercera vez, y ponele al Santo otros diez sueldos; pero todavia sin moverse el caballo. Asi entró, y salió regateando, digamoslo asi, hasta que le hubo puesto al Santo en su Altar sesenta sueldos de oro. Y entonces, viendo que ya su caballo se movia, le dixo al Santo con gracia: Santo mio, bien varató haces los favores, pero en verdad que vendes muy caros caballos, no te compraré otro.

Lo tercero con que del todo cesa la obligacion del voto, (Navar. c. 12. v. 65.) es por la dispensacion; distínguese ésta de la irritacion, en que el que irrita un voto, basta que tenga algun dominio natural, temporal, ò político, sobre la persona que hizo el voto; mas la dispensacion es potestad espiritual, concedida de nuestra Vida Christo à N. P. S. Pedro, y en él à sus sucesores. Tienen, pues, todos los Señores Obispos esta potestad ordinaria para dispensar en todos los votos de los Subditos, menos cinco, que son reservados al Sumo Pontifice, voto de Castidad, voto de Religion, y los tres votos de visitar, ò à Jerusalén, ò à las Reliquias de S. Pedro, y S. Pablo en Roma, ò à Santiágo de Galicia. Mas dixera, pero

el tiempo falta; en lo demás al Confesor nos remite el Catecismo. Y para que ninguno se meta à interpretar sus votos à su gusto, oyan este suceso.

Refierefe en las Chronicas de S. Francisco, que en Mofa, Ciudad de Toscana, un Ciudadano noble, y rico tenia un hijo, y en él puestas todas sus delicias, y todas sus esperanzas. Pero violas marchitas bien presto, porque encendida una grave peste, cayendo en ella el hijo, llegó, sin hallarse remedio, y à al punto de espirar; y el padre, por no verlo morir, fuese al Convento de San Francisco à esperar desde alli la triste nueva, y arrojado ante aquel Serafin humano con lágrimas, y suspiros, pidiendo la vida de su hijo, hizo voto de que lo consagraria à Dios en su Religion, si le alcanzaba la vida. ¡Oh, prodigio! El haciendo aqui el voto, y el Santo al mismo tiempo dándole à su hijo la salud. De modo, que quando esperaba la nueva de su muerte, vienen los criados: Señor, señor, que ya está bnoeno vuestro hijo. ¿Qué decís? Ya se levantó de la cama. Corre desalado, halla ser asi, y cólmasfe de regocijo. Pero empiezan luego à batallar en su corazon el amor de su hijo, y la obligacion de su voto. Por una parte le tiraba ésta; por otra aquel lo detenía: quisiera cumplir su voto, y quisiera quedarse con su hijo. ¿Y qué hace? Una commutacion, ò interpretacion, que le dictó su amor como necio, y que le propuso como ciego su antojo. Yo (dice) el voto que hice fue de ofrecerle mi hijo à S. Francisco, poniendole su abito. ¿Asi? Pues con esto cumplo. Hace en su casa un abito de San Francisco, lleva à su hijo à la Iglesia, ponele el abito, y allí ofrecefelo al Santo, y luego vuélveselo à su casa, y desnudale el abito: ya con esto he cumplido. ¡Lindo cumplimiento por cierto! El quedó muy descuidado, pero muy enojado San Francisco; porque à pocos meses, llegando la vispera del Santo, murió el padre, que tan despacio queria gozar de su hijo: al año siguiente murió el hijo, vispera de S. Francisco; y una hija sola que quedaba, murió tambien al año siguiente vispera de S. Francisco. ¡Oh, Serafin amoroso! ¿asi te sabes enojar? Pues entiendan, Fieles, nuestro escarmiento, para que cumpliendo à Dios la palabra, que le dimos en el voto, no sea el favor que nos hizo empeño para nuestro castigo, sino prenda, si le correspondemos, de que hemos de alcanzar el eterno premio en la Gloria.

TERCERO MANDAMIENTO. SANTIFICARAS LAS FIESTAS.

PLATICA XXII.

DE LA SIGNIFICACION, Y PROVECHOS del espiritu, que nos infinita aún solo el nombre de la Misa.

A 12. de Junio de 1691.

UNA palabra sola es hoy toda nuestra doctrina. Y quién creará, que una sola palabra podria ser tan importante, que de saberla decir: mas digo, que de saber pronunciar una letra suya, pendiese no me-

nos valor que la vida? Pues fue así. Bien sabido suceso à punto de la Sagrada Historia. Fugitivos los Ephratheos, corrian al escape de Jepté, valiente General del Pueblo de Dios; (Judic. c. 12.) pero erales à su fuga forzoso esguazar el Jordán, y hallaronse en sus vados cogidos; porque haviendo alli puesto guardas Galaaditas Jepté, iban llegando los de Ephraim; mas siendo todos de una nacion, Hebreos todos, aunque hablaban una lengua, distínguianse en la pronunciacion: como si acá dixeramos en el pronunciar de las CC. y las SS. los Castellanos, y Adaluces. ¿Pues qué hacen para conocer à los Ephratheos? Llegaban estos, pedian paso: No, que eres Ephratéo. No lo soy: pues aguarda: pronuncia esta palabra *Scibboleth* que la pronunciaban con C. los de Galaad; pero los Ephratheos respondian *Sibboleth* con S. porque no sabian de otro modo pronunciarla; y así, conocidos por la pronunciacion de una letra, los iban pasando à cuchillo: y en verdad, que por una palabra, y una letra, murieron quarenta y dos mil hombres.

Una palabra, pues, no yá solo pronunciada, sino bien entendida, puede acarrear al alma provechos, que valen mas que mil vidas. Y en verdad, que si nos pusieramos à esas puertas à irle preguntando à cada uno, qué quiere decir, qué significa esta palabra *Misa*, no sé si me lo responderian todos. Pues yo no quisiera agraviarlos; pero allá suelen decir de quien no sabe nada, que no sabe de la Misa la media; y en verdad, que de mas de dos que se precian de saber mucho, pudieramos decir que no saben por entero de la Misa. ¡Oh, vergüenza de Cathólicos! Un discreto se precia mucho de entender un equívoco: un curioso cansa con mil preguntas, por entender una palabra: un Estudiante se fatiga por fixar un vocablo en la memoria: un erudito se esmera en adquirir una noticia; y lo que es mas, un juglar aprende, y estudia para lograr en la ocasion una chanza jocosa, ò un chiste ridículo; y ha de ignorar un Christiano un nombre tan Sagrado, que repitiendolo todos los dias, abraza los mas soberanos Mysterios? En Francia (refiere nuestro Lobercio) (Lob. t. 5. in Asp. Sacer. c. 7.) llegandose un herege à un Cathólico, le preguntó: ¿Qué quiere decir esta palabra *Misa*? Quedóse aquel mudo, y sin saberle responde una palabra; y à grandes risas del herege pagó aquel su ignorancia con mucha confusion, y vergüenza, mofandolo el blasfemo, de que así no entendiera, ni aun el nombre de la cosa que mas estima, y que mas venera la Cathólica Religion.

Entramos yá en el tercero Mandamiento: *Santificarás las Fiestas*. Pero antes de explicar lo preciso de la obligacion de este precepto, he menester acordar lo mismo de la fineza de Dios, cuyo reconocimiento este precepto nos intima; porque quién no vé, que sería ruindad suma medirnos nosotros muy atado à lo que solo es obligacion, donde Dios por nosotros derramó todas las infinitas finezas de su amor, donde no puso término à las maravillas de su fabiduría, y à los tesoros de su poder? Y si el asistir à la Misa es la primera obligacion del dia de fiesta, entro primero à explicar en ésta, y las siguientes Platicas, lo que pudiere alcanzar mi ignorancia, de

de esta accion la mas soberana, la mas excelente, la mas sublime de todas quantas exercita nuestra Catholica Religion, el culto mas supremo que le podemos dár à la verdadera Divinidad, la oblacion mas agradable que podemos ofrecer à la Beatissima Trinidad; el compendio, y la cifra de toda la pureza, de toda la santidad, y de toda la gracia: que todo esto abrevia en sí el Sacrosanto Sacrificio de la Misa, è importa tanto que hagamos todos el debido concepto de este Divino Sacrificio, que por eso el Sto. Concilio de Trent. *ses. 22. c. 8.* manda, que se explique à los Fieles à menudo su valor tan sobre toda ponderacion inestimable, que ni hay, ni puede haver en la tierra, ni aun en el Cielo ofrenda, que sea à los ojos de Dios mas agradable, ni mas poderosa à recabar de su Mag. todos los beneficios. Empiezo, pues, hoy solo por la significacion de este nombre *Missas*; porque aun con solo el nombre nos está convidando à asistirle atentos, à frecuentarla fervorosos, y à lograrla devotos.

Este nombre *Missa*, es casi tan antiguo como la Iglesia, por mas que blasfemen impíos, por mas que ladren sacrilegos los hereges Sacramentarios, (*Bellar. t. 2. l. de Mif. c. 1.*) pues quando cierran los oídos al Principe de la Historia Ecclesiastica, el insigne Cardenal Baronio, que en el año de treinta y quatro de nuestro Redentor afirma, que el nombre de *Missa* se lo enseñaron à los Romanos los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y à los de Jerusalén su primer Obispo el Apóstol Santiago. Consta esta verdad de los mas antiguos Concilios, y Sumos Pontífices, que por dexar otros, basta la autoridad de S. Clemente Papa, discipulo dichoso del Apóstol S. Pedro, que en la tercera Epistola menciona este nombre Misa: *Non igitur Missas, sine consensu Episcopi quisquam Presbyterorum agat.*

Pero en su significacion andan encontrados los Doctores Cathólicos: los unos, que lo tienen por nombre Latino, y los otros por nombre Hebréo. Dígo las todas, porque dexadas sus controversias, cada una nos ofrece jugo de piedad, y provecho. Misa, dice el Maestro de las Sentencias, se llamó así del verbo Latino *Mitto*, que significa enviar. Llamamos, pues, con este nombre al Soberano Sacrificio del Altar, porque entonces envia Dios desde el Cielo, no solo un Angel, que presidiendo al Sacrificio, es el que por sus manos lo lleva al Cielo à ofrecerlo al Eterno Padre, sino, como añaden los Santos, porque entonces enviados de Dios baxan tropas de Angeles al Altar, que reverentes asisten, obsequiosos sirven, y postrados adoran aquel Divino Sacrificio. Oh, confusion de nuestra tibieza, Cathólicos! Oh, vergüenza de nuestro descuido! Oh, reprehension de nuestro poco fervor! *Per id tempus*, dice S. Chrysostomo, *& Angeli Sacerdoti asident, & Cælestium Potestatum universus ordo clamores excitat.* Que quando en la Misa suspensos los Angeles entre atenciones atonitas, nosotros estemos divertidos à cuidados viles de tierra! Y sin duda habló de su experiencia el Chrysostomo, porque de él refiere S. Nilo, que siempre que se ponía à celebrar, veía la Iglesia toda llena de Angeles. San Gregorio el Grande nos dice: ¿Quién puede dudar, que al cele-

brarse tan alto Sacrificio, no se abran los Cielos, baxando à celebrar à su Rey todos aquellos Celestiales Cortesanos? *Quis fidelium habere dubium possit in ipsa immolationis hora ad Sacerdotis vocem Cælos aperiri, & Angelor. Choros adesse?* (*l. 4. Dial. c. 58.*) Y habló sin duda de su experiencia, porque diciendo Misa en día de Pasqua este gran Pontífice en Santa Maria la Mayor, al decir aquellas palabras: *Pax Dñi. sin semper vobisc.* le respondió un Angel en clara, y sonora voz, que oyeron todos: *Et cum spiritu tuo*, y por eso quedó la costumbre, que siempre que en aquella Iglesia dice Misa el Sumo Pontífice, no le responde el Coro à estas palabras. Fuera no acabar, referir lo que en esto han merecido vér las almas puras. Sta. Brigida veía al oír la Misa à estos Celestiales Espíritus, que andaban tantos como los átomos, volando por el ayre. Sta. Cathalina de Bolonia, al llegar en el Prefacio al *Sanctus*, se lo oía cantar al Coro Angélico con armonía tan dulce, que entre soberanas delicias, yá le parecía que estaba en la Gloria. ¿Pues cuál es nuestra reverencia, quando así los Celestiales Espíritus están entre nosotros atónitos? Y mientras son mayores sus ventajas, tanto se muestran mas humildes. Los Angeles lo alaban, dice la Iglesia: *Majestatem tuam laudant Angeli*; las Dominaciones, que son superiores à los Angeles, postrados lo adoran: *Adorant Dominaciones*; pero las Potestades, que à unos, y à otros se aventajan, por aventajarlos tambien en la reverencia, se encogen, se estremecen, tiemblan: *Tremunt Potestates*. Pues con las voces de estos Celestiales Espíritus, ván en la Misa juntas nuestras oraciones, y ruegos: *Cum quibus, & nostras voces, ut admitti jubeas deprecamur.* ¿Cuál es el fervor con que las hacemos? ¿Cuánta la devocion, y cuánta la pureza, que pueda compararse con los Angeles? Pues ésta nos acuerda el nombre de Misa, que en esta sentencia quiere decir: Misa es un envío de Angeles, que hace el Eterno Padre, à que asistan, y sirvan al Soberano Sacrificio del Altar.

Pero el Angélico Doct. y Seráfico Sto. Thom. y S. Buenaventura, con otros, lo entienden por dos lados: del Cielo à la tierra, y de la tierra al Cielo. Del Cielo à la tierra, por aquella demision indecible, por aquella humildad inexplicable, con que el Hijo de Dios, obediente à la voz del Sacerdote, se abate desde el Supremo Trono de su Divinidad, à ponerse al punto debaxo de las especies de Pan, para que luego desde la tierra al Cielo lo enviemos nosotros como nuestro Embaxador, que ajuste con su Padre las paces: como nuestro Abogado, que en su Tribunal nos defienda, y como nuestra Carta de recomendacion, que le temple al Eterno Padre todos sus enojos. ¡Oh, qué motivo al mas encendido fervor, si no estuviera nuestra Fé tan dormida! Si el Hijo de Dios volyiera hoy al mundo, visible à los ojos del cuerpo; ¿qué dicha sería verlo, comunicarlo, servirlo? Pues ese mismo tenemos en la Misa: ¿y cuánto mejor vén los ojos de la Fé (decía Sta. Teresa) que quanto vén los ojos del cuerpo? Qué hicieras, alma, si al levantar la Hostia, vieras allí al Hijo de Dios patente à los ojos del cuerpo? Hiciera (me dirás) lo que el otro Santo Sacerdo-

te Plegilo, que viendo en la Hostia al Señor en forma de un bellissimo Niño, todo derretido en lágrimas, qual otro Simeon, cogiendolo en sus brazos, no se hartaba de besar aquella carne purísima, ardiendo en llamas su corazon: Hiciera (me dirás) lo que allá Santa Ludovina, que viendolo en la Historia crucificado, y derramando Sangre, salía tan fuera de sí al sentimiento, y al amor, que parecía que espiraba yá, al excelsivo ardor de sus afectos: Hiciera (me dirás) lo que la Beata Angela de Fulgino, que viendolo en la Hostia en forma de un hermosísimo Mancebo, como Rey coronado, y puesto en su Trono, atonita al respeto, se estuvo muda, sin acertar à decirle, ni una palabra. Pues todo esto es lo que tú vés con los ojos de la Fé: *Ipsum vides, ipsum tangis, ipsum manducas*, te dice el Chrysostomo. Pues dime, ¿dónde están tus fervores? Oídme, ¿dónde está tu Fé? Pues esto tambien te acuerda el nombre Misa. Es un presente inestimable, que nos hace el Eterno Padre, dandonos à su mismo Hijo; y es un presente tambien, que nosotros le enviamos, en que le ofrecemos à su Hijo mismo.

Otros, con nuestro Cardenal Belarmino, entienden este nombre segun la costumbre antigua de la Iglesia. Así (dicen) como en Latin es lo mismo *Collecta*, que *Collectio*; así tambien es lo mismo Misa, que Misio. Significa, y envia los Catecumenos en llegando al Ofertorio, que se fuesen, porque hasta el Ofertorio solo podian asistir, que por eso hasta allí se llamó Misa de los Catecumenos; y de ahí quedó despues enviar à los Fieles acabado el Sacrificio, diciendo el Diácono: *Ite Misa est*, que es como darles licencia, y enviarlos à sus casas. Y de esta antigua ceremonia tomó el nombre de Misa todo el Sacrificio. Pero aun esta significacion nos avisa, que si el asistir à la Misa es acto en que nos distinguimos de los que todavia no son Christianos: ¿en qué mostramos, que nos distinguimos, si la Fé duerme, si la piedad se olvida, si la atencion se divierte?

Pero otros derivan este nombre del Hebréo *Massach*, que quiere decir *Pan azimo*, pan sin levadura, porque éste escogió el Señor para ponerse debaxo de sus especies, y que su candor nos acuerde nuestra sinceridad, y nuestra pureza: *In azymis sinceritatis, & veritatis*, que nos dice el Apóstol. En Alemania, refiere Cesario. (*Cesar. l. 4. Dial. cap. 65.*) estando para decir Misa un Sacerdote, se le voló de la Paterna la Hostia. Parecióle contingencia, volvió à ponerla, y volvióse la Hostia à volar: Todavía le pareció acaso, y pusola por tercera vez, y por tercera vez se volvió à volar la Hostia à parte mas distante. Hizo reparo con esto, reconocióla, y halló que tenia pegado un gusano, que se havia cocido con ella. ¡Ah, corazon con gusano! Así zela Dios, aun en la materia de este Sacrificio, la pureza.

Otros tambien del Hebréo dán en la sentencia à mí vér mas clara, y mas plausible. Misa, dicen, se deriva del verbo *Missach*, que quiere

decir oblacion espontánea, ofrenda voluntaria. Aquella se entiende, que sola merece nombre de oblacion, en que el mismo Hijo de Dios es la víctima: aquella, que ella sola vale mas, con infinitos excesos, que todos juntos quantos sacrificios se ofrecieron à Dios en ambas Leyes, de Naturaleza, y Escrita: aquella, que ella sola fue la que les dió el valor à quantos Sacrificios hicieron todos los antiguos Sacerdotes, y Patriarcas. Oblacion voluntaria, en que todo el amor de un Dios se cifra, y en que todas las finezas de un Dios se comprehenden. Pero de esto hablaré mas despacio.

Por último: La palabra *Missach*, significa tambien de el Hebréo suficiencia; porque todo quanto puede estenderse nuestro deseo, quanto puede pedir nuestra naturaleza, y quanto puede haver menester nuestra miseria, todo lo tenemos en la Misa. Carlos IX. Rey de Francia, hizo ostentacion de su magnificencia, dando una joya preciosísima, que tenía en su orla esta inscripcion: *Qui me possidet, nullius eget.* El que me posee, nada ha menester. ¡Oh, vanidad! que solo del Sacrificio de la Misa se puede decir con verdad: El que me tiene, nada ha menester; ahora de las riquezas del alma, ahora de los socorros del cuerpo. Quexese de sí quien de tal tesoro no se sabe valer, y oyan este exemplo.

Refiere nuestro Hautino, que un pobre jornalero tenía por devocion todos los dias de ir antes à la Misa, que à la plaza. Madrugó éste una vez, y para que conociera que no era su trabajo, sino su devocion la que le daba de comer, dióse gana de irse antes à la plaza, y dexar para despues la Misa; mas vió presto, que vale mas al que Dios ayuda, que al que mucho madruga; porque aunque estuvo allí muy largo rato, no halló quien lo condujera al trabajo. ¡Hé, qué se ha de hacer? Vamos à Misa. Vino, y en no sé qué fervor detuvo; salió algo tarde, volvió à la plaza, yá en vano, porque nadie halló que le diera en que trabajar. Y yá sin esperanza, volvíase pensativo, y triste à doblar su sentimiento con el clamor de su familia, quando encontró un hombre rico, su conocido, que à la primer pregunta, sabida la causa de su tristeza: Pues yo (le respondió) no tengo en que ocuparos; pero andad à la Iglesia, estaos allí oyendo Misas, y rezando por mí el tiempo que havias de trabajar, y yo os pagaré el salario. Vengo en ello. Vase à la Iglesia, y yá al caer de la tarde acude por su paga. Diósele puntual el poderoso, que era allí la ordinaria doce sueldos, y una torta de pan. Consolado, se volvió con esto, quando encontró con un anciano venerable, que haviendole preguntado, y sabido el caso: Vuelve (le dixo) y dili à ese hombre, que no te ha pagado todavia lo que te debe, que te dé mas, ó que le irá muy mal. Volvió con su embaxada: Oyóla el rico con no sé qué miedo, y añadióle otros cinco sueldos. Ibase aquel, y vuelve el mismo anciano: Vuelve otra vez (le dice) y dile

à ese hombre, que mas te debe. Pudo segunda vez con esta embaxada tanto el miedo, que sin mas replicar, le dió otros cien sueldos, con que se fue contentísimo. Aquella misma noche, apareció nuestra Vida Christo à aquél rico en un Tribunal muy severo, y despues de hacerle cargo de sus gravísimas culpas, le dixo: Pues sabete, que si aquel pobre no huviera hoy oído Misa por tí, esta noche, sin remedio, estabas condenado à baxar al infierno: mira si lo que le debes es mucho. Dixo, y desapareció. ¿Y cuántos que no lo saben, quizá les habrá sucedido esto mismo? Cuántos, por la Misa que oyen, tendrán los bienes temporales que gozan? Y cuántos los bienes eternos de el alma? Pues si todos los tenemos en la Misa, acompañemos en ella à los Angeles en la pureza: estemos en ella como quien vé realmente presente à nuestro Dios con los ojos de la Fé, para lograr por tan Divino Sacrificio llegarlo à vér al descubierto con el lumbre dichoso de la Gloria.

PLATICA XXIII.

DEL ADMIRABLE, Y DIVINO Sacrificio de la Misa.

A 29. de Junio de 1691.

Encerrar todo el Cielo en un anillo, meter en una fortija la máquina de esos Orbes, y abreviar en su piedra todo el movimiento de las esferas, celebróse ya con razon por el prodigio mayor del Arte: *Magni artificis est totum clausisse in exiguo*, decia Seneca. Tal fue aquel anillo, en cuya piedra encerrada la máquina de un relox de ruedas, sin que le faltase alguna, apuntaba con la manecilla, y sonaba con la campana regular las horas en la mano de el Gran Emperador Carlos V. tan sin bulto, tan sin embarazo, que pudiera decir que trría todo el Cielo en un dedo. Primor del Arte el mayor, no hay duda; pero, ¡oh, qué corrido lo dexa la fábrica de una hormigal que vencido se confiesa à la contextura de un mosquito! Oh, Dios, que así te ostentas mas grande en lo mas pequeño! exclamaba atonito el humilde Francisco: *Oh, ut relucet magnus in parvis Deus!* Pero qué se ostenta Dios en el mas soberano primor de su sabiduría, en el empeño mayor de su Omnipotencia, con que no solo el Cielo nos abreva en el Santo Sacrificio de la Misa, sino que en ella nos pone ceñido todo lo infinito, abreviando todo lo inmenso, todo un Dios en un pequeño círculo, y todos sus abyssos de perfecciones en una Hostia, para que así quede siempre infinitamente obligado nuestro amor, quando así nos dá lo mismo que le hemos de ofrecer por nuestro unico desempeño! Y si éste lo tenemos en la Misa, entendamoslo bien para saber lograrlo.

¿Qué cosa es Misa? Que si aun solo la corteza

de este nombré nos ha dado yá tanto jugo para el espíritu, qué será la interior dulzura de tan alto Mysterio? *Misa*, responde el Catecismo con palabras definidas en el Santo Concilio de Trento: *Misa*, dice, *(Concil. Trid. sess. 22. c. 1.) es un Sacrificio, que se hace de Christo, y una representacion de su vida, y de su muerte. ¿Y à quién se hace este Divino Sacrificio? Al Eterno Padre.* Asentado, pues, como verdad de Fé, que la Misa es verdadero Sacrificio, y el único, y sólo, que nos dexó nuestra Vida Christo en la Ley de Gracia que gozamos, porque él solo con infinita ventaja comprehende toda la perfeccion, que figuraban todos los antiguos Sacrificios de las Leyes de Naturaleza, y Escritura: nos quedan tres puntos que explicar. ¿Qué quiere decir, que la Misa es Sacrificio? ¿A quien lo ofrecemos? Y qué es lo que ofrecemos?

No es Sacrificio todo lo que solemos llamar con este nombre, sino que à obras que estimamos por grandes, para acreditarlas mas, las llamamos Sacrificio. Así decimos, que hace un grande Sacrificio el que se consagra à Dios en vida Religiosa. El que con paciencia sufre por Dios, ò un grave dolor, ò la muerte: *Quasi holocausti hostiam accepit illos*. Y así, en esta impropria significacion llamó David Sacrificio al corazón contrito: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus*: llamó S. Pablo Sacrificio à la limosna: *Talibus enim hostiis promeretur Deus*. Y así todas las obras de virtud, porque todas se consagran à Dios, se pueden llamar latamente Sacrificio; pero en su propia, y rigurosa significacion, lo que entienden con Santo Thomás todos los Theólogos, es, que Sacrificio es una oblacion exterior, legitimamente instituída por autoridad suprema; la qual ofrecemos à solo Dios en señal de nuestra humilde sujecion, y en protestacion del absoluto, supremo, soberano dominio, que Dios tiene sobre todas las cosas, y por eso con la destruccion, ò mudanza de aquello que le ofrecemos, le confesamos, que es Dueño de la vida, y de la muerte, y que como de solo su querer pende el sér de todas las criaturas, así con solo su querer puede destruirlas. Es verdad, que con la adoracion le reconocemos à Dios su absoluto dominio; pero como en ella nada le ofrecemos, no es sola la adoracion Sacrificio. Es verdad, que como à Señor absoluto le ofrecemos à Dios muchas ofrendas de Templos, Altares, y de otros Sagrados adornos; pero como esas se quedan como las damos, sin mudanza, no son todas las oblaciones Sacrificios, aunque todo Sacrificio es oblacion. Es verdad, que el incienso, que ofrecemos en el Altar se deshace, y evapora en reconocimiento de nuestra total sujecion, y en protestacion del supremo dominio de Dios, de cuya mano penden nuestras vidas; mas todavia no es ese yá en la Ley de Gracia Sacrificio; porque solo un Sacrificio nos instituyó nuestra Vida Christo, que es el de su Cuerpo, y Sangre, que dexó yá sin valor todos los demás Sacrificios, que havian sido sus figuras, y

fls

sus sombras. Y así el incienso que en la Misa ofrecemos, solo es adorno, que sirve al mas estupendo Sacrificio, y que à los ojos nos avisa, como en sí defechos han de volar hácia Dios nuestros corazones. Han sido, pues, los Sacrificios desde que hay mundo, un tributo, que la misma naturaleza dictó para reconocer, ò à la verdadera Divinidad, ò à la aprehendida: de modo, que de este reconocimiento à superior dominio, no se han escusado, ni aun los mas bárbaros, dixo San Agustín: *Nulla fuit gens tam bárbara, que non sacrificavit iis, quos, vel putavit, vel finxit esse Deos. (L. 4. de Civit. c. 4.)*

Y yá si gozamos nosotros el conocimiento del verdadero Dios: (D. Th. 2. 2. q. 85. art. 4.) si à este supremo Señor, si à este Rey Soberano, si à este absoluto Dueño, la misma Ley de naturaleza nos dicta, que le debemos pagar algun tributo, que siendo digno de su grandeza, que es infinita, sea tambien correspondiente à nuestra obligacion, que es inmensa: ¿qué tributo le podriamos pagar, que fuese digno de un Rey tan Soberano? Volved los ojos por todas las criaturas, y ni en alguna, ni en todas juntas hallareis oferta que sea digna de ponerse à los ojos de quien es dueño de todas. Por otra parte, si nuestras obligaciones las debemos contar por todos los instantes de la vida, por cada respiracion, por cada miembro de nuestro cuerpo: con qué tributo le podemos correspondier à este Rey Divino? Frontón IV. Rey de Dinamarca, habiendo vencido à los Saxones, les perdonó las vidas, pero con condicion de que se las havian depagar con su tributo. Y primero les fue poniendo tributo à cada cabeza; luego otro tributo à cada parte del cuerpo, que tuviese un codo: luego sobre todos los miembros del cuerpo; porque si todo eso (dixo) os lo doy yo con daros la vida, me haveis de pagar por cada miembro distinto tributo. ¡Oh, mi Dios! Pues qué será el que le debemos? *Ecce totum me debeo pro me facto*, decia todo derretido San Bernardo, *quid addam jam, & pro refecto?* Si todo quanto soy, si todo quanto tengo me debo à Dios, porque con darme el sér me lo dió todo: qué me queda luego con que pagar el segundo, y mejor sér de la gracia? ¡Oh, abyssmo de obligacion! Si te hallaras ciego, qué dieras à quien te restituyera los ojos? Si te vieras valdado un una cama, qué dieras à quien te diera pies, y manos? Si te vieras yá en punto de morir sin remedio, ¿qué dieras à quien te diera la vida? Pues si todas estas obligaciones debemos à Dios, ¿qué tributo le pagaremos?

Pues este es el que tenemos con que pagar en la Misa: en que para que sea Dios honrado de nosotros, tanto como merece su infinita grandeza, y para que sea correspondido de modo, que equivalga à toda nuestra obligacion; el mismo Hijo de Dios es el que poniendose debaxo de las especies del Pan, es la ofrenda, es la víctima, es el tributo, que en protestacion del supremo dominio de Dios se ofrece por nosotros aparejado à perder aquel sér sacramental, que allí por la Consagra-

cion adquiere. Y por esta ofrenda Divina, y por esta mudanza prodigiosa, con que el mismo Hijo de Dios pierde aquel sér sacramental en faltando las especies del Pan, en el acto de la humildad mas estupenda, protesta por nosotros à su Eterno Padre su Divina Soberanía. Por esto es la Misa el Sacrificio mas soberano con que correspondemos nosotros à nuestra inmensa obligacion. Y si así la debemos conocer, si no somos brutos; cómo no buscaremos siempre con ansias este Divino Sacrificio, en que todo el infinito caudal de nuestra Vida Christo se hace nuestro, para que tengamos con que pagar? De aquel celebre caritativo Telonario se refiere, que no teniendo yá que dár, se vendió à sí mismo por esclavo, para repartir todo su precio à los pobres. San Paulino se entregó à sí mismo por cautivo, para rescatarle à una pobre viuda su hijuelo. Mas: ¿qué tiene que hacer uno, y otro con el mismo Hijo de Dios, que todos los dias tan innumerables veces se nos dá à sí mismo, se hace de nuevo todo nuestro, para que con quanto vale un Hijo de Dios, podamos pagar nosotros à su Eterno Padre el tributo que le debemos? Pues ¡oh, Dios de mi vida! ¿cómo pagaremos esta fineza? Qué dixeramos, si allí los pobres, ò si allí aquella viuda, no quisieran asistir, ò asistieran de muy mala gana al contrato, en que el uno por ellos se vendia como esclavo, y el otro se quedaba cautivo? Pues cómo tan de mala gana asisten à la Misa no pocos, donde el Hijo de Dios se nos da à sí mismo, para que con todo su valor enriquecidos, podamos pagar à Dios nuestras imponderables deudas? Quinto Terencio, Senador Romano, como refiere Livio, (Liv. lib. 10. de Bell. P.) porque Scipion Africano lo rescató del cautiverio, en que estaba en Carthago, no halló otro modo de mostrarle à Scipion su agradecimiento, sino con entrar en su triunfo en Roma con montera de cautivo, y à pie entre los otros cautivos. ¿Pues cómo no asistiremos nosotros a gradecidos al que se nos dá à sí mismo por precio, con que paguemos la mas estrecha obligacion?

Este Sacrificio, pues, esta ofrenda Divina, tributo con que reconocemos nuestra mas humilde sujecion, y con que protestamos en Dios el mas supremo, y absoluto dominio, se lo ofrecemos al Eterno Padre. Y así, aunque suelen decir, que se le dice una Misa à la Santísima Virgen, à éste, ò à aquel Santo, debemos entender, que ni à la Señora, ni à Santo alguno se le ofrece el Sacrificio, sino solo al que es absoluto Señor del Universo; pero ponemos, ò à la Santísima Virgen, ò al Santo de quien es la Misa, por nuestro especial intercesor, para que nos alcance de Dios lo que pedimos, por aquella especial honra que le hacemos: Así nos lo dice la Iglesia: *Ut illi pro nobis intercedere dignentur in Calis, quorum memoriam agimus in terris.*

Mas yá, qué es lo que le ofrecemos al Eterno Padre con ofrecerle à su Hijo en este Soberano Sacrificio? ¡Oh, Dios! Aquí pido, almas, vuestras aten-

X

aten-